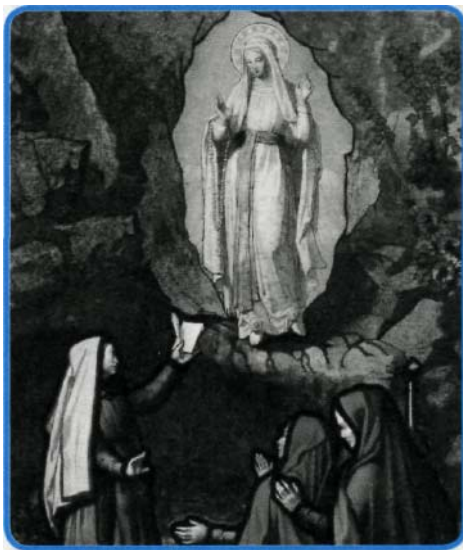


1. Santificado sea tu nombre, Venga tu reino

De entrada, la oración del *Padrenuestro* comienza centrándonos. Santificar el Nombre de Dios, quiere decir, de hecho, no confundirlo con ningún otro nombre, ponerlo en su lugar, es decir, aparte. Debemos "dejar a Dios ser Dios". Y la consecuencia inmediata es la llegada del reino de Dios. Por eso, dirigirnos al Padre no solo nos abre a una nueva actitud, a un comportamiento distinto, sino que se convierte, al mismo tiempo, en una puerta de entrada en otra realidad.

Moisés vivió esa experiencia. Ya antes de conocer el nombre de Dios, oye que le dicen: «No te acerques, quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado». Así pues, de manera consciente y como impregnado ya por la santidad de Dios, Moisés va a poder acoger al que se le revela en la zarza ardiente: «Yo soy el que soy». (Ex 3,14).



En la tercera aparición, **Bernardita** toma la iniciativa dirigiéndose a la misteriosa visitante que se le aparece en la Gruta: "Señora, ¿tendría la bondad de decirme su nombre?" Pero la joven sólo recibe como respuesta una amplia sonrisa y estas pocas palabras: "No es necesario".

Para Bernardita hay algo más urgente. Es necesario, ante todo, que se ponga en marcha, que purifique su deseo, que prepare su corazón: "*¿Quiere hacerme el favor de venir aquí durante quince días?*" De hecho, solo al final de su ejercicio de peregrinación en la Gruta, Bernardita estará preparada para recibir y transmitir el nombre de la criatura humana que más cerca está de Dios: "*Yo soy la Inmaculada Concepción*" (25 de marzo de 1858).

La actitud fundamental que caracteriza **la peregrinación** es, por tanto, no sólo un contexto adaptado, sino también los preliminares necesarios para conocer el Nombre de Dios, como Moisés, el nombre de María, como Bernardita, el *Nombre del Padre*, con el que Jesús invita a sus discípulos a invocar a Dios. Recibir el Nombre nos lleva a santificarlo, situándolo en su verdadero lugar. Y esta santificación se convierte en anuncio, venida y presencia del Reino de Dios.

Actualmente, en Lourdes, muchas personas captan, a simple vista, que "aquí el cielo y la tierra están cercanos". Tenemos, por supuesto, la oración, las procesiones, las celebraciones. Está, también, la actividad incesante de los voluntarios con las personas enfermas o discapacitadas. Pero enseguida se observa que cada uno se dirige a Dios, manteniendo, al mismo tiempo, su relación con el otro, con atención, benevolencia y generosidad; y que estas dos actitudes se mantienen perfectamente juntas. En esta nueva manera de vivir, santificamos el *Nombre del Padre* de palabra y de obra. Y además anunciamos y hacemos presente su Reino.

Preguntas que nos podemos hacer:

- ¿Quién me enseñó la oración del *Padrenuestro*? ¿A qué edad? ¿En qué contexto?
- ¿Cuándo rezo el *Padrenuestro*? ¿En la Misa? ¿Cuando rezo el Rosario? ¿Todos los días? ¿Solo? ¿Con otros?

• ¿Qué evoca para mí la oración del *Padrenuestro*? ¿Me siento hijo de Dios, que es *Padre*? ¿Eso es para mí importante, esencial, doloroso, vital?

• ¿Qué lugar concedo al *Nombre de Dios Padre* en mi vida, en mis decisiones, en mis opciones, en mis compromisos, en mi relación con los demás, en la gestión de mis bienes?

• ¿Cómo santifico el *Nombre de Dios Padre*? ¿Con qué actitudes y con qué acciones?

Gestos que se pueden realizar

Al comienzo de la peregrinación y de cada celebración, respondiendo a la invitación del celebrante:

- Cerrar los ojos e inclinarnos reconociéndonos hijos del *Padre*, y dirigirnos unos a otros acogiéndonos mutuamente como hijos del único *Padre*

Después de la peregrinación

Una palabra de Jesús podrá guiar nuestro itinerario después de Lourdes, para que, a la luz del *Padrenuestro*, la peregrinación infunda un nuevo sentido a toda nuestra vida: "*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*" (Mt 6, 33).